

otros, y que en premio de vuestra humilde y filial confianza, os evitará el oprobio de envilecer vuestra misión.

Nada os diré de la última preparación física. Si precisáis seguir un régimen higiénico, adaptaos á vuestro temperamento, constitución y hábitos. Si necesitáis alguna prescripción terapéutica para fortalecer el pecho, calmar los nervios ó aclarar la voz, allá los facultativos. Sólo me permito una pequeña observación sobre uso de bebidas excitantes. Muchos las emplean para animarse, pero se exponen á perturbar la inteligencia y la memoria. Por lo que á mí hace, prefiero abundantes y fervorosas jaculatorias. «¡Dios mío, mi lumbre y fortaleza!—Ven á mi ayuda, no tardes en socorrerme.—Abre, Señor, mis labios, y mi lengua cantará tus alabanzas.—Ven, Espíritu Santo, visita mi alma, y prende en ella el fuego de tu santo amor.»—Y otras por el estilo. Añadid copiosas avemarías en honor de la Virgen Madre que al mundo dió luz eterna. Preguntado uno de nosotros que tomaba antes de predicar, enseñó, con mucha gracia, el rosario.

Tomadle también vosotros, mientras el sermón va reposando en la memoria, y llegado el momento, al oír: «Cuando V. guste,» decid en lo profundo del alma: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

LIBRO SEGUNDO

AL PREDICAR

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL PÚLPITO

Al salir para el púlpito, os habéis abandonado en manos de Dios; permaneced así, y desechad, cual tentación, todo pensamiento que os distraiga de ese filial abandono. No os preocupéis, v. g., de los accidentes que pudieran sobrevenir durante la predicación, exponiéndos á intimidaros y perder el aplomo y serenidad necesarios para desplegar vuestros recursos oratorios. Alentaos, más bien, pensando que cumplís una misión celestial; que váis á ser Jesucristo hablando al mundo. El os ha dicho en la persona de sus discípulos, predecesores vuestros en el ministerio que ejercéis: «Como el Padre me ha enviado, yo os envío..... Con vosotros estoy hasta la consumación de los siglos.»—Si está con vosotros y en vosotros, ¿qué podéis temer? Váis á anunciar su palabra, grande sobre toda palabra. Con razón llama San Agustín al predicador «decidor de grandezas: *Dictor rerum magnalium.*» Tales son los pensamientos

que deben ocupar á cualquiera de vosotros cuando, modesto y recogido, se dirige á la tribuna santa donde ha de presentarse cual varón divino.

De la impresión causada al aparecer ante el auditorio, dependerá, en ocasiones, el afecto de vuestra palabra. Conviene, por consiguiente, que esa impresión sea buena; y lo será, si vuestro porte y aspecto nada ofrecen de impropio y ofensivo. Bien está porte elegante y atildado en un hombre del mundo que se propone halagar las delicadezas y buen gusto de sus favorecedores, pero mal se avienen los afinamientos de la vanidad con el traje eclesiástico, y bastante peor con el hábito religioso. Cabe, sin embargo, en el modo de disponerlos y llevarlos, y en el aseo de la persona, cierto aparato que revela preocupaciones de pueril coquetería, y basta para que la gente sensata os juzgue de rondón por faltos de seriedad.

Ni es menos repugnante con un porte abandonado, inculto y estrafalario, que daría á entender falta de respeto al público que honra vuestra palabra y de respeto á vosotros mismos. Perdónase el olvido de ciertas conveniencias humanas y omisión de formas exteriores á hombres de reconocida santidad que cubren su miserable avío con el manto de grandes virtudes y obras extraordinarias. A nadie se ocurría censurar en nuestro Padre Santo Domingo y en San Vicente Ferrer la

capa raída, los vestidos manchados y deteriorados en largas correrías apostólicas, teniendo á la vista el espectáculo de su austeridad, fervoroso celo y estupendos prodigios. Mas vosotros no sois, ni quizá seréis nunca, Domingos y Vicentes, debiendo, por lo tanto, presentaros en forma que no déis lugar á ninguna observación desagradable. Háse dicho, y muy bien que «la más conveniente apostura del predicador es la que pasa inadvertida, cual conforme á las tradiciones de la modestia eclesiástica» (1) y religiosa.

Cuanto al aspecto, sea este digno y modesto á la vez. Bossuet era digno hasta la majestad, y de él dijo Saint-Simón que «tenía traza de un embajador de Dios vivo» (2). Embajadores sois vosotros también, pero no es cosa de ostentar grandeza en los comienzos de vuestra carrera sagrada; contentaos por ahora con ser dignos. Pero no confundáis la dignidad con el aplomo: este le necesitáis para triunfar de las primeras zozobras, pero sin extremaros, si sois jóvenes y bisoños en el ministerio; que siempre es repulsiva la afectación. Guardaos, pues, de esos ademanes que parecen decir: Soy dueño de mi auditorio. Tiempo habrá de imponeros, cuando hayáis adquirido más autoridad. Sólo después de mucho

(2) RIBET, *La Parole sainte*, XXIV.

(2) *Mémoires*, V, 1.

ejercicio y frecuente comunicación con un mismo público, se le puede tratar con esa resolución; y aun hay que irse con tiento.

Prevendrá á los oyentes en favor vuestro un continente sencillo, modesto, reservado, casi tímido. Si después acertáis á interesarle, agradarle y conmoverle, quedará altamente complacido de veros superior á lo que de vosotros esperaba.

Está hecha la presentación: orad un momento y levantaos. Dad rápida mirada á la asamblea, para haceros cargo del número de oyentes y medir la extensión que habéis de dar á vuestra voz. Conviene administrarla bien, y no gastar para trescientas y cuatrocientas personas la que emplearíais en presencia de mil ó mil quinientas. Informaos antes de la sonoridad del templo; pues, según advierte un distinguido profesor, «siempre ha de proporcionarse y apropiarse la voz no sólo á la amplitud, mas también á las cualidades acústicas del lugar» (1).

Para hablar, tened la cabeza derecha, pero no tiesa. Evitad el encorvaros, y no encojáis los hombros, sino sacadlos cuanto podáis, para que el pecho esté bien extendido y respiréis con libertad. El hombre encorvado aspira y respira mal; y la respiración precisamente desempeña, en la palabra pública, oficio capital, de que luego hablaré.

(1) LEGOUVÉ, *L'Art de la lecture*, 1.

Dejando á un lado usos de otras naciones, en España la predicación desde el púlpito se hace siempre de pie; y lo mismo fuera del púlpito, si se trata de discursos solemnes, reservándose el predicar sentado para las pláticas familiares, en que son más templados los movimientos oratorios. En todo caso, se ha de procurar sitio elevado, desde el cual se domine bien el auditorio.

Los declamadores y oradores mundanos gastan ciertos artificios para atraer la atención. «Comenzad, dice uno de ellos, mirando á toda la concurrencia. Esta mirada circular, acompañada de lijera sonrisa, grata y amable, tiene por objeto recoger las simpatías de la asamblea y apropiaros todas sus miradas. Luego se tose un poquito como quien va á empezar; pero aun no se empieza; se aguarda que haya absoluto silencio; se saca el brazo derecho, rodeando graciosamente el codo, que es el alma del brazo; la atención es completa..... podéis comenzar» (1).

¿Será este también vuestro ceremonial?... No, queridos míos, no.—Vosotros no necesitáis mirada seductora, ni sonrisas, ni toser, ni redondear el codo, ni nada de eso; hay un signo augusto y sagrado que impone atención mejor que todos los melindres de los oradores profanos; y es la señal

(1) LEGOUVÉ, obra citada, VI.

de la Cruz: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este es el santo y seña de vuestro ministerio, que invoca la bendición de las tres divinas Personas sobre vuestra inteligencia, corazón, labios, palabra, y sobre las almas de los que os escuchan; que anuncia al mundo que sois, como el divino Maestro, y en virtud de su autoridad, reveladores de los secretos del Cielo; que recuerda á los cristianos que han sido regenerados y santificados por la Sangre y méritos de Cristo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es célebre la señal de la Cruz del P. Ravignán; dicen los que le vieron que el santiguarse de aquel hombre era un sermón. Santiguaos vosotros pausada y completamente, con fe y con fervor; y hecho esto, entrad en acción, de la cual os voy á hablar en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

ACCIÓN

Hay que introducir en las almas el discurso laboriosamente compuesto y estudiado; para ello tenéis que darle vida.

La acción es la vida del discurso. Vida hay, á no dudarlo, en todo pensamiento verdadero, expresado con nobleza y elegancia. El lector puede impresionarse devorando en silencio páginas en que un autor ha vaciado su alma; pero nunca será tan vivamente conmovido como el oyente por el discurso de un orador, si este comunica á la acción toda su vida.

Cicerón nos lo dice: «Sin acción, nadie será excelente orador; con ella, un orador mediano puede exceder á los más aventajados.—Sabéis, añade, que preguntado Demóstenes cuál era la principal cualidad del orador, respondía: *La acción.* ¿Y la segunda?—*La acción.* ¿Y la tercera?—*La acción.*» (1). Ni es menos importante en la elocuen-

(1) *De oratore.*

cia sagrada que en la profana. San Bernardo expresa en otros términos lo mismo que Demóstenes y Cicerón. «El discurso vivo resulta más aceptable que el escrito; la lengua habla más eficazmente que la letra, y la mano que escribe nunca traducirá los afectos é impresiones del alma tan bien como el semblante del orador» (1).

Digamos, pues, que la acción es el lenguaje y elocuencia del cuerpo al servicio de una alma convencida y conmovida (2). La filosofía os ha enseñado que el hombre es, en su naturaleza, compuesto de dos distintos elementos: espíritu y materia, alma y cuerpo, y que esos elementos están de tal modo unidos, que forman un solo ser, una vida sola. Esta vida es la que por entero se manifiesta en la acción oratoria.

El alma ha recibido del cuerpo, su instrumento y auxiliar, imágenes y signos que le franquean la puerta de todos los conocimientos, y en ella despiertan afectos y pasiones. Perfeccionada con el juego y ejercicio de sus propias facultades, sírvese á su vez del cuerpo, como de medio para expresar lo que ve, cree, siente y quiere hacer ver, creer y

(1) «*Solet acceptior esse sermo vivus quam scriptus, et efficacior lingua quam littera, nec tam affectus exprimit scribens digitus quam vultus.*» (Epist. LXVI.)

(2) «*Est actio quasi corporis quedam eloquentia, cum constat voce ac motu.*» (De Oratore.)

sentir. El cuerpo es el arpa cuyas armoniosas cuerdas vibran al tacto de un artista invisible que se revela y comunica. Todas suenan á la par, ó sucesivamente.

La voz multiplica y varía sus tonos y modulaciones.—Según que el discurso expone, relata, describe, discute, combate, reprende, amenaza, exhorta, aconseja, promete, consuela, excusa ó suplica, es sencillo, familiar, solemne, fuerte, atrevido, impetuoso, terrible, grave, vehemente, tierno y patético, débil y tímido, dulce y sumiso.

Todos los movimientos del cuerpo la secundan.

La cabeza se inclina humilde y piadosa, ó se yergue altiva; mantiénese firme, ó se agita; honra, venera, desafia, desdeña, afirma, niega, desmiente.

Los ojos «especial habitación del alma,» decía Plinio (1), los ojos que según pensamiento de Quintiliano, están en el rostro como ventanas del alma (2), centellean, interrogan, penetran en las almas como para robarles sus secretos.

La boca, de flexibles labios, se presta á todas las expresiones de contento, gozo, sorpresa, tristeza, ironía, menosprecio, odio, deseo, amor, ternura y compasión.

(1) «*Profecto in oculis animus habitat*» (Hist. Nat., xi, 54.)

(2) «*In vultu plurimum valent oculi; per quos maxime animus eminet*» (Inst. orat. X, III.)

«Todo el semblante es cuadro vivo en que se destacan las pasiones con delicadeza y energía, y cada movimiento del alma se expresa por un rasgo, cada afecto por un vivo carácter cuya impresión se adelanta á la voluntad, exterioriza y descubre con adecuados signos las internas agitaciones de nuestro corazón» (1).

El cuerpo, brazos y manos acaban el concierto de los movimientos que acompañan á la palabra. Yérguese aquel noblemente, como para significar la autoridad de la palabra pública é imponer su respeto; inclínase hacia el auditorio con interés y benevolencia, como para comunicarle más inmediatamente las ideas, sentimientos y pasiones del orador.—Los brazos y las manos preceden y anuncian la palabra, la subrayan, confirman ó completan. Rechazan, atraen, abrazan; parece que quieren asir las almas para elevarlas sobre las vulgaridades de este mundo; caen sobre ellas haciéndolas sentir el peso de un argumento decisivo; crúzanse en ademán de contener y regular la explosión de vivos sentimientos; se desplegan y extienden para dejar salida al ímpetu de la pasión oratoria. Elevánse al Cielo implorando, y se ciernen, sobre la tierra evocando las bendiciones de lo alto. Hablan, en fin, cuánto en sí es, y completan la vida del discurso.

(1) RUFFÓN, *Histoire Naturelle*: Del hombre adulto.

A la vez que es el cuerpo auxiliar del orador, lo es también del oyente, recibiendo este efluvios de vida que le envía la acción oratoria. Los oídos recreáanse, atentos, en las modulaciones de la voz; los ojos, ávidos, se complacen en la armoniosa variedad de movimientos. ¿Hay espectáculo más interesante y bello que el de una alma que se transparenta merced á la animación del discurso? Admiramos las obras de los grandes pintores y escultores que dan expresión de vida á sus cuadros y estatuas; pero es una expresión helada, en su inmovilidad. Muy al contrario, el ser vivo que habla con toda su persona, se muestra bajo mil diversos aspectos que solicitan la atención, y en cada momento tiene suspensa al alma en expectación de nuevas maravillas. El dominio sobre el auditorio no tanto se adquiere con la exactitud, elevación y fuerza de pensamiento, como con el atractivo y poder de la acción.

No hay duda que los oyentes instruídos se interesan en el fondo del discurso: importancia de las cuestiones, precisión, orden y originalidad del desarrollo, riqueza de galas literarias que reviste el pensamiento; pero el vulgo es sobre todo sensible á la acción.—Cuéntase de Esquimes que, deportado á Rodas, abrió su curso de elocuencia con la lectura de las dos arengas en pro y contra de Tesifonte en el proceso *de la corona*. Vivos aplau-

sos mereció la suya; pero acabada la de Demóstenes, llegó á colmo el entusiasmo y fueron duplicados los aplausos. Entonces él exclamó, haciendo justicia á su antagonista: «¿Qué fuera si oyeseis rugir al monstruo mismo?»—La acción de Demóstenes, más que nada, electrizaba las turbas y conseguía los más brillantes triunfos; y lo propio sucede con todos los buenos oradores, así sagrados como profanos.

Penetraos de esto, y no os limitéis á la contemplación y estudio silencioso y solitario que os pone en posesión de la verdad, sino aprended á manifestarla por todos los medios aptos para imprimirla en las almas; en una palabra, ejercitaos en la acción oratoria. Al hablar en público, os veréis siempre con el obstáculo de vuestro pobre cuerpo, si de antemano no le tenéis avezado á todos los movimientos que deben acompañar al discurso y darle vida.

Pero no olvidéis que la elocuencia arranca del fondo del alma: *Pectus est quod disertus facit*. Toda acción debe corresponder al convencimiento y pasiones oratorias propias del apóstol. Sin lo cual, no pasaréis de meros actores. En nada ha de parecerse el predicador al actor. Este se forja dicción, semblante, aspecto y ademanes para expresar lo que no ha pensado, y á veces, lo que no siente. Si se toma la molestia de entrar, como dicen, en la piel de su héroe y poseerse de

su situación, hasta el punto de vivir su vida, será este rudo esfuerzo que en breve estragará sus facultades.—Vosotros no necesitáis entrar en piel de nadie, ni gastaros en reproducir ajenas ideas y sentimientos. Sois vosotros mismos, manifestando lo que habéis pensado y lo que sentís.

Si lo decís bien, si la acción oratoria naturalmente fluye de todo vuestro ser, revelando vuestra alma, estad seguros de que el auditorio quedará satisfecho y saludablemente impresionado.—Decía un impío después de oír al P. Ravignán: «Creo lo que predica porque es él de cuerpo entero.» Otro orador de la catedral de París, recibía con gran consuelo suyo este confidencial aserto: «Mil dificultades se me ocurren, y casi llego á dudar, mas oyendo á V., no puedo menos de creer; porque revela gran convicción de lo que dice.»

Cual expresión de alma convencida y apasionada, debe la acción ser apropiada al que habla. Os decía que al componer fueseis originales, fueseis vosotros mismos, y os lo repito al tratar de la acción. No copiéis la manera de hablar y gesticular de oradores famosos con quienes no igualáis en talento ni cualidades oratorias. No se me olvidarán los ratos de hilaridad que me tienen causados algunos predicadores empeñados en reproducir la acción del P. Lacordaire: reproducción que consistía en echar sobre el auditorio todo

el cuerpo con las manos extendidas adelante. Puesto caso que mucho le criticaran los puristas, era, con todo, esta acción de sorprendente efecto al terminar uno de aquellos poéticos raptos del insigne Dominico; mas era ridícula y casi grotesca al fin de un trozo de mediana prosa de sus imprudentes imitadores. Retened vuestras maneras, corrigiendo sus defectos, y haced que sean acabada expresión de vuestro carácter.

Además de ser la acción apropiada á vuestra persona, ha de serlo también á los asuntos que tratáis. Sea llana, grave, tranquila, cuando exponéis un punto doctrinal; solemne é imponente, al hablar de misterios que causan maravilla y respeto; vehemente é incisiva, cuando, para despertar las almas dormidas en la culpa, pronunciéis los anatemas de Dios y amenazas de su justicia; delicada, amable é insinuante, si enumeráis los beneficios y promesas de su misericordia y bondad; ferviente y arrebatadora, si convidáis las almas á los gloriosos combates de la vida cristiana, de la verdad contra el error, de la virtud contra el vicio, de la fe contra la impiedad, de la caridad contra todas las miserias humanas.

En resumen, todos los acentos de la voz y todos los movimientos del cuerpo guarden armonía con vuestros pensamientos, afectos y objeto que os proponéis.

Para ello, debéis estar tan bien preparados, que ni apuros de la memoria ni aprensiones por parte del auditorio paralicen vuestra acción ó la alteren desordenándola. ¡Cuántos infelices, temiendo perder el hilo del discurso, se ven tan torpes de todos sus miembros que de buena gana exclamarían: *Infelix homo, quis me liberabit de corpore?*.... Otros, en apariencia más atrevidos, ahuecan la voz, se precipitan y agitan desmesuradamente; y en el fondo, parécense al medroso que, atravesando de noche espeso bosque, silva y canta para ahuyentar imaginarios fantasmas.

Fuera desorden, y sea todo medido y regulado en la acción oratoria: voz, pronunciación, dicción, tono, fisonomía, gesto y comunicaciones con el auditorio; que es lo que juntos vamos á estudiar.